



21 de octubre de 1888

La pureza de la Santísima Virgen purificándonos por la renuncia y el amor

Mis queridas hijas:

Es difícil no decir una palabra en una fiesta como ésta. La pureza de la Santísima Virgen es lo más apreciado por ella; la ausencia de toda mancha, es su alegría suprema. Estamos llamadas a compartir esta alegría purificando todos los pensamientos de nuestras almas mediante el espíritu de penitencia, el espíritu de humildad, el espíritu de abnegación, el espíritu del Evangelio que nos enseña a ser pobres, a desprendernos de todo, a renunciar a todo. Hay que trabajar todos los días para que esta renuncia sea sincera y eficaz. A lo que más tenemos que renunciar es a nosotras mismas, para descubrir todos los recovecos del amor propio. Pero eso no es todo, pues es sobre todo el amor ardiente a Jesucristo lo que purifica el alma.

Hay dos cosas que aseguran que en el último momento nada nos separa de Dios: una es haber expiado las propias culpas y haber pedido perdón; pero la otra es aún más segura, y es cuando el amor de Dios llena y penetra todo en el alma, cuando vive de Jesucristo y hacia Él dirige todo el ardor de sus deseos y todos los afectos de su corazón. Amar a Dios, nuestro Señor, que nos redimió con su sangre, sumergirnos en esa sangre, unirnos a Él, hacerle vivir en nosotras, eso es pureza de corazón, de alma y de cuerpo.

Me parece muy hermoso lo que dijo una persona en medio de un sufrimiento físico muy grande: «Dios mío, me lo he merecido, lo acepto aún más por amor a ti y quiero hacerte mi sacrificio por amor». Este amor es algo más, es lo que debemos buscar siempre, porque el amor debe ser el rasgo dominante de la vida de una religiosa.